

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR "Ciclo A" 27 DE MAYO DE 2017

"Subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre". Esta frase que está en el Credo de los Apóstoles establece una doctrina esencial en nuestra fe católica la que celebramos litúrgicamente este fin de semana.

La doctrina de la Ascensión continúa después del misterio de la Resurrección de Jesús. Proclama que Jesús en su cuerpo glorificado cuarenta días después de resucitar de entre los muertos (usando la cronología de San Lucas), y que físicamente desapareció de vista y de poder tocarlo. Al mismo tiempo hemos acabado de escuchar en la lectura del Evangelio de hoy, la conclusión del santo Evangelio de san Mateo y de la vida y el ministerio de Jesús. Jesús encargó a sus seguidores que continuaran su trabajo hasta un tiempo en algún futuro no especificado, en el cual Él regresará para traer la obra de salvación de Dios al mundo hasta su terminación. El centro de la doctrina de la Ascensión es que Jesús ascendió al cielo en un estado físico de cuerpo humano, un cuerpo como el nuestro. Esta verdad de la Ascensión de Jesús al cielo es tremendamente importante.

En el pasado, e incluso entre algunas formas de Cristiandad piadosa de hoy, existe la tendencia a exaltar el "alma" sobre el "cuerpo" cuando se trata de vivir como seguidores de Jesús. Estas devociones, algunas de las cuales hoy día están sufriendo un cierto renacimiento, exaltan la oración y otras prácticas espirituales para "ganar y almacenar gracias" por el bien de "salvar mi alma" mientras que al mismo tiempo fomentan una actitud negativa hacia cualquier cosa que tenga que ver con el cuerpo físico humano (especialmente nuestras capacidades sexuales) viéndolas como si fuera una "prisión" para el alma, un obstáculo para vivir una vida espiritual. Sin negar la presencia y la actividad del Espíritu en la vida de un creyente, el Espíritu Santo es dado, sus divinos dones son otorgados no sólo para que habiten espiritualmente dentro de nosotros, sino también para que actúe dentro y a través del cuerpo. La Gracia es dada no para que sea almacenada o depositada en algún lugar, o colocarla como sería en una cuenta de ahorros celestial para usarla de alguna manera en un futuro próximo, sino para que sea utilizada en nuestra vida diaria como lo escuchamos a Jesús decírselos a sus discípulos en el Evangelio de hoy.

Jesús tenía y continúa teniendo *carne* como nosotros. Su nacimiento, vida, ministerio, muerte y glorificación ocurrieron en un *cuerpo humano*. San Atanasio, el Padre de la

Iglesia del siglo III, dijo bien sucintamente cuando se trataba de la humanidad de Jesús: "Lo que no se asumió, no fue redimido". Durante su vida en la tierra, Jesús trató a otros cuerpos con reverencia y respeto. Él respondió a las necesidades corporales con misericordia. Cuando Jesús encontró cuerpos hambrientos, los alimentó. Cuando Jesús encontró cuerpos enfermos y lisiados, los sanó. Cuando Jesús encontró cuerpos de desamparados que habían sido empujados a las márgenes, los llevó de regreso al centro. Los cuerpos importan a Jesús. Jesús encarna la verdad de Dios hablada en la creación (Génesis) de que la carne es buena, y la carne es como viene el Reino de Dios.

Hay algo más que nosotros necesitamos darnos cuenta. El cuerpo en que Jesús ascendió no es un cuerpo humano ideal de raza blanca, perfectamente hermoso y proporcionado. No, el cuerpo que subió al cielo ascendió con cicatrices y heridas. Jesús asciende como un Dios lisiado. Jesús tiene agujeros en las muñecas y los pies. Jesús tiene una herida de lanza justo debajo de sus costillas. Sus cicatrices y heridas son reales, marcadoras de su identidad, al igual que las nuestras. La carne del cuerpo de Jesús ascendido, aunque glorificado, sigue siendo una carne humana real.

Esta es nuestra carne, nuestros cuerpos humanos, como son ahora, no los cuerpos idealizados que podríamos haber pensado para nosotros mismos o los cuerpos que vemos en los anuncios comerciales en medios o sitios de la web, o los de las películas o programas de televisión, sino nuestros cuerpos cotidianos—manos con callos; pies cansados; cuerpos que se cansan, tienen hambre; cuerpos que se cansan con las responsabilidades y preocupaciones de la vida humana; cuerpos que se ríen y lloran; cuerpos con rasgaduras, cicatrices y heridas; estos son los cuerpos que Jesús envía para hacer discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Nosotros somos “el cuerpo de Jesús” que debemos alimentar a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, proteger a los inmigrantes y a los refugiados, cuidar a los enfermos, visitar a los encarcelados, enterrar a los muertos, y trabajar para traer perdón, justicia a los oprimidos, proclamando con palabras, pero aún más con acción, todo lo que Jesús nos ha mandado a hacer.

Padre Jim Secora